

vantado á Jordano Bruno. Despues de este supremo ultraje hecho á la Religion en plena Ciudad Santa, podría esperarse que el trono fuese objeto de un ultraje no ménos sangriento.

No hay, pues, motivo para extrañar la mancomunidad de sentimientos que hay entre el Gobierno italiano y la francmasonería.

PRODIGIO ASOMBROSO.

María Lacanel padecía un cáncer en el labio inferior, que la hacía padecer horriblemente, sin poder guardar cama. Su padre había muerto de la misma enfermedad despues de diez años de terribles sufrimientos. Desahuciada de los médicos, estaba resignada con la voluntad divina. En Agosto de 1888 fué con la peregrinacion nacional á Lourdes. Llegó á la Gruta, se lavó en la fuente y no sintió alivio alguno, sin poder apenas comer. Volvió á la aldea de Lerat, donde residía, sufriendo como siempre, y al día siguiente, juéves, padecía tanto, que lloraba amargamente; pero una voz interior le decía: "Ora, ora con fé." Y así lo hizo hasta las once de la noche, en que se acostó rezando el rosario. Apénas lo había hecho,—dice ella,—ví una gran claridad y sentí una mano que me dió un golpecito en los labios estremeciéndome toda; próxima á desvanecerme di un gran grito, acudieron las gentes de la casa, díjeles que rezaran las letanias, y entónces me sentí perfectamente curada."

Y en efecto, en este año ha vuelto á Lourdes á dar gracias á la Santísima Virgen por su perseverante curacion.

¡Gloria á Dios y á la Inmaculada!

INCRECULIDAD Y CREDULIDAD.

Dos palabras sobre el Espiritismo.

Es un hecho constantemente observado, y que ha dado motivo y materia á algunas de las obras que más honran el ingenio del hombre el de que cuando éste abandona las luminosas vías de la verdad y entra á los oscuros campos del error, cae en las contradicciones más groseras y en las inconveniencias más pal-

pables. Los tiempos modernos, y muy especialmente nuestro siglo, nos ofrecen pruebas flagrantes de esta verdad, cuya comprobacion histórica exigiría el génio de Bossuet y la incansable pluma de un Tostado. Entre los mil hechos que podrían señalarse, hay uno sobre el cual nos vamos á permitir hacer algunas breves consideraciones.

Tal es el movimiento de credulidad y de supersticion que se nota en el campo de los disidentes, diametralmente opuesto al de irreligion é incredulidad que imprimió á los espíritus la filosofía del siglo XVIII.

Esta filosofía, en efecto, que proclamó la soberanía de la razón y la adoró simbolizada en una prostituta, estableció el principio disolvente de no aceptar sino las verdades que cayeran bajo el dominio de la razon, no comprendiendo que no hay verdad ninguna de esa manera comprensible.

El movimiento racionalista y de incredulidad se propagó y extendió de una manera pasmosa; la incredulidad se hizo de moda; el espíritu de despreocupacion formó parte del *buen tono* y no parecía sino que para ser ilustrado, era necesario profesar la incredulidad ó mostrarse á lo ménos no poco inclinado á ella. El espíritu humano se colocó entónces en un extremo: no creer nada que no cayera bajo el dominio de la razon.

Ese movimiento de incredulidad, de que nacieron tantas filosofías como sectas del principio del exámen privado proclamado por Lutero, tenía forzosamente que venir á convertirse en otro completamente contradictorio.

Y así fué, en efecto: en pos de aquellas filosofías, ó más bien paralelamente á ellas, surgió y ha continuado un movimiento de credulidad y de supersticion que ha inducido á los espíritus á mil errores, y convirtiéndolos en víctimas de las más lastimosas supersticiones y de las credulidades más absurdas.

Así, junto á la cuna misma de la filosofía incrédula, tenemos el *mesmerismo*, y en pos de él toda esa série de sistemas y de fenómenos que, bajo los nombres de *magnetismo*, *hipnotismo*, *sonambulismo*

y *espiritismo* han venido llamando la atencion de los hombres pensadores y pervirtiendo espíritus y corazones, y empujándolos al confuso piélago de mil supersticiones y de mil errores, verdaderamente risibles.

No quiere esto decir que desconozcamos lo que hay de verdadero, de científico, y por tanto, de lícito y honesto, en el magnetismo animal sobre el que respetables experiencias y profundos estudios, debidos á conspicuos ingenios, han puesto en evidencia ser un ramo de la humana ciencia.

No; hablamos en general de los sistemas que han invadido el mundo, presentándose como los productores de un *maravilloso* artificial y difundiendo creencias absurdas, y con ellas el imperio del demonio que, como ha dicho un pensador eminente, nunca es más completo que cuando el espíritu del mal logra quedar oculto á los ojos de sus adoradores y secuaces.

Esos sistemas de supersticion y de credulidad han llenado el mundo de mil nebulosidades tenebrosas; y las explicaciones que dan de los más árduos y difíciles problemas; las clasificaciones que hacen y sus conceptos acerca del espíritu, de la vida, de la muerte, de la materia; las explicaciones que dan de los milagros del Cristo y de sus santos y de todos los grandes fenómenos históricos, de todo á todo inexplicables en la teoría racionalista, ofrecen sin duda alguna á la razon muchas más dificultades que las que presentar pueda la doctrina católica.

Pero, ¿cosa tan rara como lamentable! los mismos que, por innaccesibles á la razon rechazan las verdades del catolicismo, y las enseñanzas de los modernos nigromantes, y los que tendrían á mengua entregarse á las prácticas cristianas, no han tenido empacho en convertirse en *mediums*, en sentarse á las *mesas giratorias* ó en abandonarse al *sueño hipnótico*. Los que han rechazado lo maravilloso del catolicismo que hace santos, se entregan sin reserva al espiritismo que hace locos. A la incredulidad absoluta,

ha sucedido la credulidad más completa; y el incrédulo que se yergue con altivez ante el dogma católico, se presenta sumiso y rendido ante las enseñanzas espíritas, y con candor columbino acoge las doctrinas de Allan Kardec, las fantásticas relaciones de los periodicos de la secta y los oráculos recibidos por los *mediums* en la faláz comunicacion que afirman tener con los muertos.

De esta manera, los que se colocaban en el extremo de no aceptar nada que no cayera bajo el dominio de la razon; los que nada creían ni en la tierra ni en el cielo, han venido á dar en el extremo opuesto, y convirtiéndose en los crédulos secuaces de una secta diabólica. A la plena incredulidad ha sucedido en ellos una credulidad absurda; y los que rechazan la religion, han venido á caer en la supersticion más irracional é injustificada.

No cerraremos estas breves reflexiones que nos han sido sugeridas por la consideracion de los progresos que el espiritismo ha logrado en estos últimos tiempos sin presentar á nuestros lectores algunas breves, pero brillantes páginas, que acerca de este asunto encontramos en una de las mejores obras del insigne poeta y eminente prosista español, D. José Selgas y Carrasco. "Hay en el espíritu humano, dice este célebre escritor, marcada tendencia hácia todo lo maravilloso, en la cual caen lo mismo los espíritus débiles que los *espíritus fuertes*. Los hombres que se envanece con el título de *despreocupados* no son ciertamente los que ménos incurren en supersticiones más risibles que aquellas de que su despreocupacion se burla."

Habla luego el insigne escritor de las mil preocupaciones que á los jugadores atormentan y que con ser ellos, como son, gente poco inclinada á misticismos y sobrenaturales maravillas, los dominan profundamente.

Despues de esto, agrega:

"Tampoco los sábios que no creen más que en las demostraciones de la ciencia, se libran de esa propension á lo maravilloso, y entregan muchas veces su credulidad á lo inexplicable. Platon creía sen-

cillamente que Dios era redondo. Sócrates, poco ántes de morir, incurre en la debilidad de mandar hacer un sacrificio á Esculapio; toda su filosofía no acertó á impedir ese homenaje supersticioso. Descartes se creyó de buena fé investido, no sabemos por quién, del poder de redactar para uso de todo el género humano un cuerpo completo de filosofía. Otro sábio de nuestros tiempos asegura, bajo la convicción de su palabra, que la ciencia descubrirá, al fin, el modo de hacer eterna la vida del hombre sobre la tierra. Si bien se mira, la sabiduría moderna es un conjunto de sabias supersticiones. De esas alturas ha descendido una nube de misterios y maravillas."

Extiendese aquí el escritor que venimos citando en la exposicion del carácter evidentemente supersticioso que ofrecen la práctica de las mesas giratorias, el espiritismo y el sonambulismo; y luego dice: "Y en verdad, no es preciso recurrir al mundo misterioso de la naturaleza ni al mundo sepulcral de los difuntos para esparcir nuestro ánimo descreído con el fanatismo de otras variadas preocupaciones, porque la industria nos proporciona diariamente pasto abundante á nuestra ociosa credulidad."

Después de esto, para hablar de altisonantes términos con que hoy se acostumbra hacer los anuncios de drogas y específicos, anuncios cuyos buenos resultados en el terreno mercantil no pueden explicarse en manera alguna sino supuesta la credulidad de la generalidad de los lectores que dan fé á las maravillas que de las drogas ó específicos se cuentan ó prometen, agrega estas líneas: "Y cada una de estas maravillas es un secreto impenetrable, un misterio que la razon no alcanza, un enigma que la ciencia no descifra. . . . No creo que haya habido en ninguna época ni más charlatanes, ni más supersticiones. Nunca se ha abusado tanto de la credulidad del vulgo que constituye la gran mayoría del género humano. . . . Supersticiones abominables unas veces, y pueriles preocupaciones otras, ellas atestiguan la facilidad con que la imaginacion acoge todo lo que la razon no alcanza. Puede

decirse que el alma humana necesita el misterio y le es indispensable el prodigio; lo que es ó le parece sobrenatural, tiene á sus ojos un prestigio indecible. No hay descreimiento ni despreocupacion que se resista siempre á esa voz recóndita que nos habla en la soledad de nuestro pensamiento, de un mundo que se escapa á nuestro alcance. Por eso la incredulidad está llena de credulidades y la despreocupacion poblada de preocupaciones.—SELGAS.—*Escenas fantásticas.—Introduccion titulada: "Preocupaciones."*

Bien podría tomarse como una consecuencia de todo lo expuesto lo que el mismo escritor afirma en la obra citada, narracion intitulada *Dia aciago*, III. "El que cierra los ojos á la luz, dice, vé sombra. La incredulidad, lo mismo empírica que científica, cae en las más vanas ó en las más pueriles credulidades. La sabiduría de la impiedad tiene sus delirios como la fiebre, sus supersticiones como la ignorancia. La razon abandonada á sí misma, se cansa de la impotencia y apela al misterio."

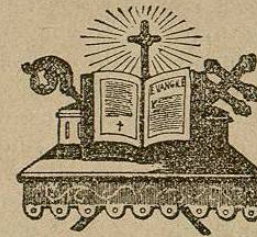
En tales credulidades y supersticiones ha venido á parar la sabiduría de la incredulidad racionalista, y el espectáculo que presentan los disidentes negándose por una parte á las prácticas espiritistas, no es ciertamente muy honrosa para la pobre razon humana que cuando blasona de haberse emancipado del yugo de la religion é independido de la autoridad de la Iglesia, vá á doblar su cerviz bajo el ignominioso yugo de una credulidad absurda y de una supersticion vergonzosa.

Justifica todo eso, aquel pensamiento, bastante antiguo, de que el espíritu humano es semejante á un ébrio á caballo; cuando, porque se ha inclinado de un lado, se le quiere enderezar, inclínase por el otro.

Tal es, en efecto, el espíritu humano; y el único medio de mantenerlo recto en su marcha, es dirigirle por la religion, alumbrándole con la luz de las verdades católicas é infundiéndole el calor de la celeste caridad.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, MAYO 22 DE 1890.

NUM. 34.

SECCION I.

Obra de la Propagacion de la Fe. O DE LA SANTA INFANCIA.

SU ORIGEN Y SUS RESULTADOS.

A LOS CATOLICOS MEXICANOS.

En otros siglos, los príncipes, los reyes, las repúblicas trabajaban para mantener la fé en sus Estados y extenderla sobre los pueblos infieles. Pero en nuestro siglo, parece que Dios quiere llamar á los simples fieles al honor de ejercer ellos mismos el apostolado, tanto en el interior de sus países, como en medio de esos imperios lejanos, de esos pueblos bárbaros de que no conocen ni siquiera el nombre. De esta disposicion providencial han nacido estas obras que, bajo cien formas diversas, trabajan por resucitar, por mantener, por desarrollar la fé en nuestros antiguos países cristianos. Pero este fuego traído por Jesucristo y depositado en los corazones fieles, no debe, no puede quedar circunscrito dentro de los límites de una region. Tal es la voluntad del Maestro; es necesario que ese fuego se extienda y lleve la luz á los pueblos sentados en las tinieblas, y el calor á las almas ateridas por el frío de todos los errores.

La situacion entre nosotros es grave; las penas nos afligen por todas partes; numerosos son los sacrificios exigidos á los católicos para el sostenimiento de obras indispensables á la conservacion

de la fe en nuestro propio país; pero vosotros sabeis que contando con la ayuda de Dios para extender el conocimiento y el amor de su nombre entre los pueblos que le ignoran, asegurais en torno de vosotros mismos las más eficaces y abundantes bendiciones.

Por lo demás, la Obra cuya importancia y cuyos resultados queremos exponer, lleva la marca tan evidente del dedo de Dios, que todos los que la conocen son arrastrados como de un modo invencible para prestarle su concurso. Dios, en efecto, la ha hecho tal que puede decirse que no hay persona que esté en la imposibilidad de asociarse á ella. ¿Qué requiere la Obra de la Propagacion de la fé? Una oracion tan corta, que ninguno querría negarse á hacerla: un *Pater* y un *Ave* con la invocacion de San Francisco Javier, y una limosna tan pequeña, que casi no hay pobre que esté en la imposibilidad de darla: un centavo por semana.

"Yo tengo piedad de esta multitud, decía Jesucristo á sus apóstoles, dadles de comer porque caen de desfallecimiento."

"Pero, respondieron los apóstoles, ¿de dónde tomaremos el pan necesario para alimentar á todo este mundo?"

"Con doscientos denarios, agregó Felipe, no tendríamos más pan que el necesario para que cada uno tomara un pequeño bocado." Un niño que estaba por allí tenía, por casualidad, cinco panes de trigo y dos peces. "¿Qué es esto para tanta gente?" Tal fué el grito de los apóstoles.